

# ÉTICA Y ECLIPSE DE DIOS <sup>1</sup>

*Gonzalo Gamio Gehri\**

*De noche la distancia  
parece sólo oscuridad, la tiniebla  
que no separa sino por los ojos.*

PEDRO SALINAS, *La voz a ti debida*

## **1.- Modernidad, religión y escepticismo. Las razones del Eclipse.**

En términos ideológicos, la cultura moderna – al menos en una de sus versiones más influyentes - se ha definido a sí misma como una civilización *post-religiosa*. En ella, el centro de gravedad en lo relativo a la configuración y justificación de las creencias – tratándose del conocimiento de la realidad, de la conducción de la vida o de la construcción de la identidad – se ha desplazado del discurso teísta y de la experiencia comunitaria hacia el reino de la *libertad subjetiva*. Es hoy el individuo (entendido como elector racional o como sujeto de emociones) la genuina fuente de certezas en torno al sentido de la realidad, sus instituciones y valores. La famosa expresión de Kant acerca de que la



caso del pensamiento que ha sido atribuido (de un modo por demás discutible) a Pirrón y a Sexto Empírico – sino más bien del hábito sistemático de considerar críticamente, de sobrepasar a través del “duro trabajo de lo negativo”<sup>5</sup>, las vanas pretensiones del sujeto por afirmar su absoluta esencialidad en la constitución del sentido, supuestamente definitivo e inmutable, del saber o del obrar.

Este peculiar escepticismo justifica su actitud en el hecho de que, ante sus ojos, la

No obstante, este resultado tiende a borrar los contornos y las determinaciones de aquello que justamente es relevante para la religión: las dimensiones concretas – narrativas, somáticas, históricas y sociales - del encuentro vivido, encarnado, entre Yo y Tú. En sentido estricto, el encuentro dialógico con Dios constituye lo religioso. En esta línea de pensamiento, aun la investigación racional de las “esencias” (en sus facetas metafísica y teológico - dogmática) representa la observancia rigurosa de la correlación yo – ello y un franco, aunque a menudo involuntario, alejamiento del horizonte propio de la experiencia religiosa.

El privilegio de la perspectiva metafísica y sus desarrollos tecnocientíficos en el seno de la cultura moderna sobre el elemento interhumano oscurece la posibilidad misma de la experiencia religiosa y con frecuencia impide que el hombre concreto vislumbre con claridad su relevancia para la vida humana. Buber caracteriza nuestro tiempo en términos de la experiencia de la “ausencia de lo divino”, como la época del *eclipse de Dios*. La vocación moderna por el hallazgo de “certezas” centradas en las facultades cognitivas del individuo cuestiona severamente cualquier aproximación religiosa al misterio de lo Divino. Cuando, por ejemplo, el problema “religioso” que nos inquieta es la determinación racional de las condiciones de la existencia de Dios – incluso en el sentido “clásico” de la “teología natural” y las “teodiceas” -, entonces estamos verdaderamente *fuera* de la perspectiva de la religión: andamos buscando un andamiaje conceptual, un criterio de conocimiento de lo absoluto, no anhelamos un Dios que conmueva nuestro espíritu o estremezca los cimientos de nuestro mundo significativo. Se trata de algo que no genera conflicto ni sobrecogimiento, algo con lo que no podemos luchar ni podemos amar. Entonces estamos en medio del eclipse. Como en el eclipse de sol, algo se ha interpuesto entre Dios y nosotros, impidiendo su visibilidad, obstaculizando la percepción de su presencia en nosotros y su irrupción en nuestro mundo ordinario. Lo que acontece en nuestra situación es la oclusión de nuestra experiencia de Dios y no *necesariamente* – como a veces se pretende – la oclusión de Dios, o su “muerte”. “Que el sol se eclipse “advierde Buber “es un acontecimiento entre él y nuestros, ojos, no algo que sucede dentro del sol mismo”<sup>8</sup>.

Un eclipse de Sol es un fenómeno natural que se genera y revierte por la acción de fuerzas que responden a una legalidad – o mejor, a una necesidad - que el hombre ha aprendido a conocer y explicar por medio de la ciencia. Es posible calcular con precisión cuando el eclipse tiene lugar, cuando se inicia y cuando efectivamente culmina. En contraste, el eclipse de Dios es un fenómeno humano que cobra sentido no en el mundo de la causalidad sino en el de la *libertad*: un fenómeno que involucra al hombre en el pensamiento y en el corazón. Resulta claro que el cuerpo que hemos puesto entre Dios y nosotros es el hombre mismo, concebido como ser omnipotente e ilimitado; hemos colocado entre Él y nosotros una cierta manera de concebirnos a nosotros mismos y a nuestros deseos e intereses, el conjunto de imágenes “certeras” que proclaman la autotransparencia y objetividad de nuestras facultades cognoscitivas y nuestra capacidad de control instrumental sobre el mundo natural y social. Desde la óptica de la experiencia religiosa, hemos usurpado el lugar de Dios, ungiéndonos a nosotros mismos como señores del universo y electores imparciales de principios de eficacia o justicia, o incluso – desde sectores conservadores, tradicionalmente “religiosos” - como “supremos intérpretes” del Plan de Dios y su mensaje<sup>9</sup>, convirtiendo

---

<sup>8</sup> Buber, Martin *Eclipse de Dios* Salamanca, Sígueme 2003 p. 55.

<sup>9</sup> Buber advierte sobre la tentación objetivista y fundamentalista - *poco religiosa poco religiosa* en realidad -de algunas ortodoxias religiosas, que pretenden para sí mismas el monopolio de *la verdad*.

a Dios en una especie de máscara de nuestro propio arbitrio y anhelo de control social. Es nuestra autosuficiencia teórica y práctica la que ha configurado las condiciones de este complejo eclipse espiritual. No obstante, este es un fenómeno reversible, pues se rige bajo principios diferentes a los de la causalidad física. Apela a nuestra voluntad y a nuestra responsabilidad como agentes éticos, a nuestro anhelo y esfuerzo por recuperar el encuentro con el Tú. Se trata de un proceso histórico contingente que, habiendo tenido un inicio, podría tener un final, rehabilitando así la posibilidad de una genuina experiencia religiosa.

## **2.- Examinando el concepto de libertad desvinculada. La figura del elector racional y la razón instrumental. La cosificación del otro y el eclipse del hombre.**

El eclipse de Dios – y el ensanchamiento del yo - es más una actitud vital que el resultado del trabajo de una escuela epistemológica; no obstante, esa peculiar actitud ante la realidad – al menos en una de sus versiones históricas, la más estricta y reciente, en la cosmovisión cultural moderna<sup>10</sup> - está especialmente comprometida con una manera de concebir la racionalidad y, desde ella, con un modo instrumental de comprender las relaciones con el mundo y en general los asuntos humanos. El valor de la libertad subjetiva, tal y como la entiende la ética del individualismo contemporáneo, depende en buena medida de un cambio de *Gestalt* respecto del lugar conceptual desde el cual el individuo elabora su comprensión de la realidad y diseña sus proyectos de vida, enfoque que hace posible la abstracción de los vínculos intersubjetivos. El moderno “sentido común” en la ética se nutre del giro subjetivo - cognitivo de la ciencia: nos remite a la idea de la libertad del individuo racional como fuente de la constitución del mundo humano, resultado de la proyección de los criterios de la objetividad hacia la totalidad de la cultura. Permítanme ocuparme breve y esquemáticamente de este fenómeno.

La idea moderna de la subjetividad desvinculada tiene su origen en la teoría galileana de la ciencia. En sus *Consideraciones y demostraciones matemáticas sobre dos nuevas ciencias*, Galileo señala que la única manera de lograr un conocimiento universal y necesario acerca del universo físico y su legalidad subyacente consiste en distinguir en nuestra captación de los objetos aquellas cualidades que son inseparables de nuestro contacto sensitivo con los mismos – las “cualidades secundarias”, colores, sabores, texturas, etc. – respecto de las c





puede exigir medidas sociales o económicas que impliquen formas sutiles o explícitas que excluyan a un sector de la sociedad de la esfera económica o de los espacios políticos de decisión concertada<sup>18</sup>. En la llamada “moral corriente de las clases medias”, la textura de las relaciones humanas responde cada vez más a la dinámica de los lazos contractuales y a los criterios del individualismo posesivo.

En efecto, la vida privada constituye los escenarios en donde los individuos se entregan a lo que consideran sus genuinos espacios de libertad y autorrealización: el trabajo y el ocio, y también el ámbito de las relaciones íntimas. La presencia del individualismo como ideología medular en la sociedad contemporánea constituye un fenómeno social que ha sido estudiado en detalle en numerosos lugares<sup>19</sup>. En las sociedades individualistas el yo es el único patrón valorativo, el único posible juez: el obvio peligro de esta perspectiva es la autoindulgencia, la posibilidad de que los valores pierdan toda carga normativa y *eo ipso*, toda dirección orientadora de la voluntad. Para una visión de la moral como ésta la tendencia a asumir una actitud acomodaticia o puramente estratégica frente a la propia “tabla de valores” es sumamente poderosa. A propósito del testimonio de uno de los entrevistados de *Hábitos del corazón*, que decía comprender la vida como un juego de billar - en donde es preciso adaptarse a todas las situaciones

disfrutar de la compañía de aquellos que comparten un mismo estilo de vida"<sup>21</sup>. Aunque

humano; se actúa *sobre* él, no *con* él. Se le niega toda posibilidad de responder, de hacer valer sus exigencias de respeto y de reconocimiento a través del lenguaje y la acción. Se le transforma en un *útil*, en un medio. Al mismo tiempo, se eliminan todos los recursos que permiten el compromiso solidario o la responsabilidad ética o política hacia el otro cosificado. Sólo es posible sentirse llamado a acoger, cuidar del otro o colaborar con la transformación de su condición cuando es posible verse a sí mismo en él, y ver al otro en uno mismo. La *proyección empática* es el proceso por el cual – a través de la deliberación y la imaginación – puedo ponerme en la situación del otro, procurar sentir lo que él siente desde sus circunstancias. Descubro en el otro atributos, modos de afectación, sensibilidad y razonamiento que reconozco también en mí, como rasgos constitutivos de aquello que soy, de la condición humana que compartimos. En este acto de reconocimiento puedo *padecer con él*, sentirme interpelado por su situación y ser llamado a actuar en su favor. Pero el comportamiento meramente instrumental cancela la posibilidad misma de eod-2(bil)-3(idoe(rume)5(nte4(ias..7( )-29TmE)-7990tro )8(a)-29Tm )-218es

son de naturaleza intersubjetiva, son complejas construcciones sociales que van tomando forma en el tiempo. En tanto agentes, estamos *encarnados* en horizontes somáticos y comunicativos que condicionan – en el sentido de “poner en condiciones”<sup>25</sup> – nuestros modos de actuar y de pensar. La presencia de estos trasfondos significativos pone de relieve nuestra insoslayable finitud. Esta nueva conciencia recupera desde el pensamiento la posibilidad de la apertura a lo religioso y sus formas, dado que - en palabras del anteriormente citado Putnam - “el ojo de Dios es el único lugar desde el cual no nos damos cuenta de la existencia de Dios”.<sup>26</sup>

La actividad reflexiva de los agentes – tanto en su dimensión teórica como en la práctica – explícita progresiva y parcialmente el horizonte hermenéutico en el que se hayan situados, sacando a la luz aspectos importantes de aquel trasfondo. En tanto constituye nuestro mundo circundante significativo, no podemos convertir el horizonte en un “objeto”. Esta condición de enraizamiento pone en cuestión la idea del yo ilustrado como un sujeto epistemológico *sin trabas*. La imagen de la libertad del sujeto como resultado de la desarticulación de todo vínculo o compromiso particular que constituya un impedimento para el conocimiento y la voluntad requiere, para ser efectiva y verdadera, rechazar la idea misma de la inscripción en un horizonte de interpretación. En el plano práctico, la libertad del yo requiere la no-interferencia de los otros en el diseño del propio estilo de vida.

### **3.1.- La libertad en cuestión**

La libertad es quizá el supremo bien de la cultura moderna; en gran medida, este valor configura el perfil de las instituciones y los escenarios sociales de nuestra época (el Estado liberal, el mercado, los enclaves de







